

**Carta pastoral de
Mons. Charles Morerod
para la Cuaresma 2012**

4° domingo de Cuaresma, B

17-18 de marzo 2012

« La Fe »

Carta pastoral de Mons Charles Morerod 4^o domingo de Cuaresma, B

17-18 de marzo 2012

La fe

La Iglesia va a empezar a celebrar este otoño en el mundo entero un año de la fe. En nuestra diócesis está en marcha una lectura en casa del Evangelio de Marcos, que será seguida por una lectura del Evangelio de Lucas. Estas dos iniciativas son una manera de lanzar lo que actualmente nombramos “la nueva evangelización”. En esta ocasión podemos tomar conciencia del don de la fe e interrogarnos sobre los motivos de la fe: ¿por qué creo? Podemos también preguntarnos porque y como proponer nuestra fe a los demás.

Respondiendo a las promesas de Dios hacemos camino

«Por fe, obedeció Abrahán a la llamada de salir hacia el país que habría de recibir en herencia; y salió sin saber adónde iba. Por fe, se trasladó como forastero al país al que le habían prometido en tiendas de campaña con Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa»¹. Abrahán es el padre de los creyentes. Como nos lo dice la carta a los Hebreos, deja su país - que conoce y donde está a gusto- sin saber adónde va. ¿Por qué? Porque confía en Dios. Eso es la fe: confiar en Dios. Y la fe es también, precisamente por esa confianza, irse hacia una región aún desconocida pero que creemos mejor.

Estamos invitados a imitar a Abrahán pero no estamos del todo en la misma situación porque tenemos mucho más que promesas:

«En el pasado muchas veces y de muchas formas habló Dios a nuestros padres por medio de los

¹ Hebreos 11, 8-9.

profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todo, y por quien creó el universo»².

Las promesas hechas a Abrahán ya no son sólo promesas. Se han realizado en parte, y mucho mejor de lo que el corazón humano podría haber esperado. Dios nos ha enviado a su Hijo. Ya no creemos sólo en base a la palabra de los profetas humanos, sino en base a un hecho inaudito: Dios ha venido él mismo hacia nosotros. Esto es en lo que se apoya nuestra fe; no en nuestras ideas, incluso en nuestras ideas en materia de religión, sino en el hecho de que Dios se ha manifestado.

La fe libre en Jesucristo

Para los que se lo han encontrado durante su ministerio, hace unos 2000 años, reconocer a Cristo no era evidente. En verdad han visto en Jesús a un

² Hebreos 1, 1-2.

personaje religioso particularmente interesante, que enseñaba con autoridad y no como los letrados³. Las opiniones variaban:

« Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, que es Elías; otros, Jeremías o algún otro profeta...»⁴.

Cuando Pedro confiesa que Jesús es “el Mesías, el Hijo de Dios vivo»⁵, Jesús le responde: « ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi padre del cielo! »⁶ En otras palabras, ver a Jesús no es suficiente para reconocer plenamente quien es. Incluso cuando Tomás, después de haber pedido tocar las heridas del resucitado, exclamará « Señor mío y Dios mío»⁷, y va más allá de lo que puede averiguar: « Vio una cosa y creyó en otra »⁸.

Los que veían a Jesús veían a un hombre, y tenían razón, puesto que era un hombre. Pero es un hombre

³ Cf. Marcos 1, 22.

⁴ Mateo 16, 14.

⁵ Mateo 16, 16

⁶ Mateo 16, 17.

⁷ Juan 20, 28.

⁸ San Gregorio Magno, homilía 26 sobre el Evangelio.

que es Dios hecho hombre, y por ello es único. Puede darnos mucho más que una enseñanza humana incluso admirable. Pero los que han encontrado a Jesús durante su vida terrestre han tardado en creer, y a veces han traicionado, ¿cómo haremos nosotros para creer tanto tiempo después? La experiencia de los primeros siglos de la Iglesia muestra la dificultad. La Iglesia ha rechazado las teorías que veían a Jesús como hombre pero no Dios, o como Dios pero no hombre, o no del todo hombre, etc.

¿Cómo entonces podemos creer? En primer lugar se nos debe proponer la fe. Nadie puede creer que Jesucristo es el Hijo de Dios, si nunca ha oído hablar de él. Podemos agradecer a las personas que nos han transmitido la fe: nuestra familia, nuestros curas, nuestros catequistas, tantos testigos variados. Durante siglos muchos han dado, incluso su vida, siguiendo a Jesús para que podamos recibir la fe. Nos toca a nosotros transmitir lo que hemos recibido,

con nuestro anuncio de fe y nuestro testimonio- a veces silencioso – de la vida cristiana.

Para creer, no es suficiente con haber oído anunciar la fe. Podemos oír que Jesucristo es Señor y no creerlo: puede depender de una mala explicación, pero al fin y al cabo cada uno es libre de aceptar o no la propuesta de la fe. Es Dios quien nos deja libres de responder con un sí o un no a la oferta de su amor. Nada es más profundo y fundamental en una vida humana. Se desprende una cierta visión de la persona humana. El resistente alemán Dietrich von Hildebrand veía en esto el principal argumento contra el totalitarismo nazi: no se puede reducir a la biología (a la raza) un ser creado con la capacidad de decir sí o no a Dios. Medimos mal el impacto sobre la sociedad de esta visión de un hombre libre frente a su Creador, y es un punto cuyo alcance los mismos cristianos han tardado en medir.

El horizonte de la fe

Poniendo un poco de agua en el vino del inicio de la liturgia eucarística, el sacerdote dice.”Así como esta agua se mezcla al vino para el sacramento de la Alianza, ojalá podamos unirnos a la divinidad del que ha tomado nuestra humanidad”. Somos llamados por Jesús a compartir la vida misma de Dios, y sólo es posible porque Jesús es Dios (nos envía al Espíritu Santo que es Dios). Participamos a la vida de Dios desde nuestro bautismo; esta participación crece en la Eucaristía, sin embargo no estamos en el final del camino, que se nos promete sólo después de nuestra muerte. Estamos pues en una bella etapa, pero intermediaria, que es la de la fe:

« La fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve »⁹.

La fe es un alba: una verdadera claridad, pero no una claridad plena. En la fe empezamos a recibir verdaderamente lo que se nos promete (la vida

⁹ Hebreos 11, 1

eterna), pero no lo vemos plenamente. Lo que la fe nos propone está más allá de lo que podemos conocer perfectamente, pero es justamente lo que convierte la fe en algo interesante.

Nos preguntamos a veces si la fe, porque no podemos captarla perfectamente, está contra la razón. De hecho, la razón humana siempre descubre cada vez más hasta que punto y con que sutilidad nuestro mundo está organizado. Y este mismo hecho invita a buscar un organizador inteligente. Así el progreso de nuestros conocimientos refuerza la credibilidad de la existencia de un Dios. Pero la fe va mucho más allá de la afirmación de un organizador de la Creación. La fe nos hace conocer a un Dios que nos revela su propia vida y nos la hace compartir. La fe nos pone en relación con un Dios único que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aquí, cuanto más lo pensamos, más nos damos cuenta de que creemos infinitamente más de lo que comprendemos. Al acercarse a Dios, tenemos un poco la experiencia de acercarnos a una montaña: cuanto más estamos

cerca de la montaña, más nos damos cuenta de hasta que punto es más grande que nosotros. ¿Debemos entonces reconocer que la fe está en contra de la razón?

Lo que Dios nos hace conocer no es nunca en contra de la razón, porque el Dios que nos salva es el autor de nuestra razón y del mundo que conocemos. Aunque no lo entendamos del todo, podemos ver que no hay contradicción en la fe, y que es incluso admirablemente coherente. En realidad, lo que la fe nos da está por encima de la razón y no en contra de ella. ¿Es acaso el sol poco luminoso por no poderlo mirar de frente? ¡Es su exceso de luz que nos impide verlo bien! Y es también la claridad demasiado grande de Dios que nos impide entenderlo bien. Pero ninguna tiniebla se resiste a esta luz divina: nos ilumina no sólo sobre Dios sino también sobre nosotros mismos. Al aceptar humildemente recibir a Dios que viene hacia nosotros, descubrimos cada vez mejor lo que somos, individualmente y colectivamente. En Cristo, es también el hombre que

se nos revela, así como la comunidad humana. Nos enseña a vivir juntos.

Fe y moral

¿Hay que ser perfectos para ser cristiano? En otros términos, ¿la mala conducta de muchos creyentes significa que el cristianismo es falso? En verdad la vida de los santos es un argumento a favor de la fe, pero no significa en absoluto que hay que ser primero santo para llegar a la fe:

« No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos. No vine a llamar a justos, sino a pecadores »¹⁰.

Jesús no presupone que sepamos amar, nos enseña a amar. Y lo hace primero mostrándonoslo:

« En esto consiste el amor: no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino él que nos ha amado y que ha enviado a su Hijo en víctima de propiciación para nuestros pecados. Bien amados, si Dios nos ha

¹⁰ Marcos 2, 17

amado así, debemos, nosotros también, amarnos los unos a los otros»¹¹.

Esto es el resorte de la moralidad cristiana: ver que Dios se rebajó por amor hasta morir por nosotros. Cuando nos damos cuenta de ello, ¿cómo no ser agradecido, queriendo a su vez a Dios y a los que Dios ama, es decir, a nuestros hermanos y hermanas? Esto es la raíz sin la cual la más bella de las entregas hacia los demás corre el peligro de agotarse, de cansarse, de dejar sitio a la resignación. Sin embargo, si seguimos bebiendo de la fuente de Cristo, la esperanza puede crecer a lo largo del camino, a pesar de las caídas y rechazos.

El año de la fe

Al promulgar el año de la fe, el papa Benedicto XVI resume las condiciones de la fe, o del paso de la puerta de la fe: « Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja

¹¹ 1 Juan 4, 10-11

plasmar por la gracia que transforma»¹². Para que la fe pueda existir, debe pues la Iglesia y todos nosotros anunciarlo sin cesar. Y debemos también rezar para que aquellos a quienes se les anuncia la acojan.

El papa indica también que la fe es una etapa esencial de « la alegría y [del] entusiasmo renovado del encuentro con Cristo»¹³. La vida cristiana es primero una alegría, la que proviene del encuentro con Cristo. Este encuentro es posible, dos mil años después de la vida terrestre de Jesús, porque la Iglesia sigue anunciándolo. En nuestra diócesis, un aspecto esencial de este anuncio es la invitación a leer el Evangelio en casa. Así nos ayudamos los unos a los otros para conocer personalmente a ese Cristo sin el cual la vida de la Iglesia es incomprensible. Al impregnarnos de la Iglesia, aprendemos también a imitar a Cristo en toda

¹² Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei* (11 de octubre de 2011), § 1.

¹³ *Porta Fidei*, § 2.

nuestra vida; y los que nos encuentran deberían percibir que « la Iglesia es el Evangelio que sigue »¹⁴.

Vuestro Padre Obispo
Mons. Charles Morerod

¹⁴ Charles Journet, *L'Eglise et la Bible*, Editions Saint-Augustin, Saint-Maurice, 1960, p. 45.